



Mujeres mazahuas durante un evento político, San Felipe del Progreso, 2008 Fotografía © Reyes L. Álvarez

# Aprendizajes, etnografía, anécdotas, rigurosidad, teoría, formación y hasta promiscuidades: formación y experiencia como investigadora en el proyecto “Etnografía”

María Jesús Cen Montuy\*

**C**uando salí de la maestría en antropología social, en 2004, me dediqué a conseguir trabajo al tiempo que terminaba de redactar la tesis. Una amiga antropóloga me dijo que dejara de buscar, pues ella abandonaría su puesto de investigadora temporal en un proyecto del INAH. Me explicó que el trabajo era en equipo, por lo que, de ser aceptada, colaboraría con 11 personas más. Acudí a una entrevista con la doctora Ella F. Quintal, coordinadora del equipo. Después de un rato de amena plática, explicaciones sobre los objetivos y el funcionamiento del proyecto, ya había obtenido el empleo. Me incorporé al proyecto de inmediato, conocí a mis compañeros –varios de ellos caras conocidas– y me puse a trabajar en la línea de investigación que abordaba el tema de migración.

Con el paso de las semanas me di cuenta de lo que significaba trabajar en equipo, y poco a poco fui comprendiendo los objetivos del proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio. Siempre había trabajado sola, y ahora me tocaba escuchar a mis compañeros, socializar la información, discutir, leer y escribir. Debo confesar que lo que aprendí en el proyecto a partir de ese año y hasta 2012 no lo habría aprendido ni con dos maestrías.

El proyecto “Etnografía” me permitió adquirir no sólo una visión de conjunto sobre diversos aspectos de la cultura indígena en México, sino descubrir la importancia de la etnografía para la comprensión de estos aspectos y las problemáticas que enfrentan estos grupos indígenas en nuestro país. También me permitió conocer el trabajo de un nutrido cuerpo de investigadores por medio del Seminario Permanente de Etnografía Mexicana, el cual se convirtió en un espacio de discusión e intercambio de conocimientos. Además, tuvimos la oportunidad de aproximarnos a las investigaciones de los expertos en cada uno de los temas que se abordaron en las diferentes líneas de investigación –procesos rituales, cosmovisión y mitología, chamanismo y nahualismo, patrimonio biocultural– y de intercambiar información con ellos.

Durante los ocho años que trabajé en el equipo de la península de Yucatán, aprendí de todo. La dinámica de trabajo se basó en la investigación colectiva y conjunta, pero sin coartar la libertad que cada uno de los investigadores del equipo teníamos. Lo interesante fue que todos éramos yucatecos y estábamos familiarizados con las zonas de trabajo.

Así, antes de salir a campo revisábamos los textos recomendados para el tema, los discutíamos y preparábamos los guiones. Con éstos en mano, partíamos. De regreso nos reuníamos para informar lo que cada uno había encontrado en su comunidad. La doctora Ella F. Quintal comentó alguna vez:

\* Universidad de Barcelona (maria\_shakti@yahoo.com.mx).



–Este equipo ha cometido todo tipo de promiscuidad, menos la más “peligrosa”.

La retroalimentación y socialización siempre estuvieron presentes en el trabajo de equipo.

Cabe mencionar que esas reuniones siempre fueron productivas, además de divertidas. No sólo exponíamos “nuestros hallazgos” y reflexionábamos sobre la teoría y la realidad; también eran una fuente inagotable de anécdotas. El colofón de esas reuniones eran nuestras aventuras en campo, en esas comunidades que conocíamos y donde nos conocían gracias a nuestros constantes “ires y venires”, siempre acompañados de un sinnúmero de preguntas.

Alguna vez pensé en escribir algo así como un diario de campo con todas esas anécdotas, como aquella vez que sufrí la corretiza de un perro mientras intentaba pedalear a la velocidad de la luz en pleno monte, rodeada de milpas y bajo el rayo rajapiédras del sol. O esa otra ocasión en que salía de mi querido Nunikiní para llegar a la cabecera municipal. Al descender del taxi colectivo, serví de colchón, pues me cayó encima la viejita que estaba detrás de mí, que se resbaló al intentar bajar del vehículo, porque todo estaba mojado debido a la fuerte lluvia. Sobra decir que a ella no le pasó nada, mientras que yo quedé en el suelo, sucia, mojada, con los brazos golpeados, un “chuchuluco” en la cabeza y una rodilla hinchada. ¿Y cómo olvidar aquellos días de carnaval? Esa vez un grupo de “osos” borrachos intentó arrebatarme las cámaras y esta antropóloga tuvo que salir acom-

pañada por la policía para que los temibles “osos” ya no la siguieran molestando.

De todo esto también se aprende. La rigurosidad del trabajo me condujo a cuestionar mil veces cada uno de los textos que leí durante estos años y también me obligó a reflexionar continuamente sobre la realidad. Aprendí de mis errores y de las cosas que había dejado pasar al leer, al escribir, al recibir comentarios y correcciones. Trabajar con el equipo y en el proyecto “Etnografía” me proporcionó las herramientas suficientes para mirar y abordar con otros ojos lo que sucede en la península de Yucatán, pero sobre todo me permitió redactar trabajos y presentarlos en diversos congresos, siempre con buenos comentarios.

Actualizar la información acerca de los mayas peninsulares nos puso en contacto con otras instituciones y, de alguna manera, el equipo y el trabajo colectivo se volvió referencia para otros investigadores. Asimismo, la oportunidad de utilizar herramientas de otras disciplinas –al platicar con investigadores que no eran antropólogos– enriqueció el proyecto, pues a fin de cuentas la multidisciplinariedad aporta en cualquier investigación. Cada una de las líneas me permitió a mí y al equipo abordar diferentes aspectos de la cultura de los mayas peninsulares. Esto fue, al menos para mí, la clave para obtener una visión de conjunto. Y al final, cada línea se entrelazaba con la anterior o con la siguiente, lo cual daba cierta continuidad al trabajo. Gracias a esto descubrí “continuidades” donde aparentemente no las había.

Durante estos ocho años aprendí a “hacer etnografía”, a buscar información en archivos, a usar herramientas de otras disciplinas, a abordar diferentes aspectos de la realidad, a leer los textos pensando en la comunidad donde trabajaba y a pensar en la teoría mientras estaba en la comunidad, a tomar de la teoría lo que “me servía para explicar lo que ocurría en mi comunidad”, a ser rigurosa con mi trabajo –mucho más que antes– y a definir lo que quería hacer en el futuro. Y no es que antes no hiciera nada de esto o no supiera hacerlo: es sólo que este proyecto permite a los investigadores crecer, aprender y a desarrollar capacidades, y con esto publicar.

Todas esas herramientas y aprendizajes me ayudaron a definir el tema de tesis de doctorado que desarrollo hoy –que, por cierto, definí justo cuando descubrí “una continuidad” donde pensé que no la encontraría–. La forma en que trabajo, leo y escribo sigue los lineamientos del proyecto, aunque ya no pertenezca a él. Al final, este proyecto no me dio de “todo un poco”, sino “de todo mucho”.